

«Pantorras» vecino de Membrilla, debiendo su salvación los restantes a lo inmediato del monte de la Cabeza del Buey; estos como todos los anteriores se titulaban defensores de la religión como *El Legitimista*. En la sierra del Peral fué alcanzada a las nueve de la noche una partida de malhechores, que estaba en un chozo de pastores, los cuales debieron su salvación al aviso que dieron los perros del ganado, quedando muerto al parecer su jefe llamado *Triunfo*, natural de Solana, el cual resultó en esta plaza al siguiente día sin lesión alguna. En el cerro cerca la casa de Navas, fué perseguida por los Nacionales de este pueblo otra gavilla de bandoleros, que se titulaban carlistas y defensores de la religión como *El Legitimista*, logrando rescatar cuatro gañanes que habían hecho prisioneros y cuatro pares de mulas de la propiedad de D. Tomás Rojo, cogiéndoles un caballo.

Las facciones reunidas de la Mancha, nunca pudieron penetrar en esta villa, defendida por cien voluntarios de ambas armas, y aun cuando los carlistas del pueblo y la comunidad de frailes Trinitarios se pusieron de acuerdo sin duda con las facciones de la Mancha para exterminar a los Nacionales, no pudieron conseguirlo, gracias a las disposiciones acertadas del Comandante de la Milicia D. Andrés Caravantes.

No obstante, los frailes hicieron lo posible para conseguirlo y fueron sacadas las imágenes del Convento, que se ocultaron en casa de las beatas: debajo de la cama de una de ellas, se encontró la efígie de Jesús de Nazareno; en un pajar de otra se encontró la imagen de la Virgen, y asisucesivamente. En el día elegido para dar el golpe y habiéndose sacado las imágenes como queda dicho, abrieron los frailes la puerta de la Iglesia, aparentando sorpresa al ver los altares hasta sin manteles, y salían gritando ¡nos han quitado la religión! Con lo cual, se proponían sublevar el pueblo, para que aprovechando esa ocasión, penetraran en él las facciones, que fieles a la consigna se encontraban a espaldas del cerro de San Cristóbal; los cuales viendo que la población se mantenía tranquila, gracias a la actividad de la Milicia se retiraron sin intentar aquel día realizar su proyecto; y gracias también a la benignidad de D. Andrés Caravantes, no rodaron las cabezas de los frailes por la plaza.

Vea *El Legitimista* como la Milicia salvó a esta población de los desastres de las bandas «Paillo y Orejita», hechos que para *El Legitimista* no son nada, pero la población en lo general está agradecida por aquellos servicios, que pone en su conocimiento el que suscribe.

ANDRÉS GARCÍA FERNÁNDEZ.

MISCELÁNEA

Que se nos indigestó «El Carlismo y La Religión» dice *El Legitimista*, y nosotros creemos que es nuestro paisano el que padece esa indigestión.

De poco le sirve querer sacar de quicio esa discusión ya terminada, escribiendo con el mismo título largos

artículos para desorientar a sus lectores y que no se aperciban de su situación poco favorable.

Ya que de indigestiones trata, mientras no nos pruebe que la doctrina del Galileo es la doctrina política del Carlismo, por más que se purgue *El Legitimista* siempre tendrá el estómago surco.

RECUERDOS DE VENEZIA parece ser el título que cuadra mejor a una indirecta que *El Gallo del Corral* hace para probarnos su poderío.

Más se nos ocurre una idea. ¿Serían guapos los 100.000 voluntarios?

Allí como aquí y como en todo punto donde ondee la bandera carlista, debe haber un guapo; pues estos son los que valen.

El Legitimista por más que se esfuerza en representarnos todo eso y trate de ahuyentarnos con sus 100.000, nunca podrá hacer más que decirnos que por ellos quedó.

En este mismo número, hay un testimonio; la historia de las facciones carlistas; pase por ella la vista el colega y después puesto que en su partido hay muchos viejos diluciden esa cuestión con el articulista.

Así y to lo, sin perder su acomodada posición, nuestro jactancioso colega se hace de penga y nos dice que nuestro silencio obedecerá a que dá 100 por uno.

Es tu mo lestia ejemplar *Legitimista apreciado* ¿por qué te hemos de dejar estando tan asustado? ¿Qué más gloria has de alcanzar para los que te rodean? No es preciso que te vean pues guardas ya entre tus redes diez mil glorias y mercedes que te ensalzan y hermocean. No te esfuerces, sigue así, aprovechado, estudioso, trabaja con gran reposo que haces solo para ti; al que diga por ahí que eres coqueton sin tacha, le enseñas gentil la facha, de tu talle sandunguero, que cual de cura torero al que persigue lo agacha.

Se levantó una mañana *La Voz* con un genio atroz porque despertó a *La Voz* el toque de una campana. Y dijo: — Maldito sea ese toque de rebato; aseguro, ¡que arremato con toda la chimenea! «El Leal» que tal talante notó de muy buena gana dijo a su querida hermana: — ¡Gracias señor elefante!

Porque sabrán ustedes que *La Voz* y *El Legitimista*, aunque se ladran no se muerden.

Son lobos de la misma cama.

El fin próximo, y el fin remoto, y todos los fines de ambos es acabar con estos liberales ateos, hijos de Lucifer, y hermanos de íntegros y leales.

Digo; ¿esto no lo negarán ustedes? Volvamos a la chimenea; por más que no es tiempo a propósito.

Alzate el velo hermana *Voz*, para que tus ojos vean y tus oídos oigan, abandona un momento el Santo Ro-

sario, y sentada junto a mí aunque a honesta distancia escúchame:

Ya he dicho varias veces que copias bien, pero algunas no sabes lo que copias, como ha sucedido esta, en que aseguras que las frases de nuestra «Epístola»—famosísima, según tú—corroboran tu aserto.

Todo lo contrario, según manifiesto por nueva epístola.

En la primera decía, hermana, que mi redacción era la campana de una chimenea, pero tú debiste comprender, que lo decía irónicamente, porque era frase tomada de nuestro colega *El Legitimista*.

Así lo vió to lo el mundo, to lo el mun lo menos tú; aunque con dolor profundo te digo que haces el bú.

¡Y á eso le llamas la gran caída! ¡Y á eso le llamas un revolcón! Este es el mundo y esta es la vida: En ella to los, niña querida, Ven en los otros su condición.

ARTÍCULOS CORTOS

A «LA VOZ»

Muy respetable Señora mía: he leído su artículo titulado «La gran cogida» en el que con el mayor regocijo creyendo haber puesto una pica en Flandes, quiere V. demostrar a sus lectores que yo he afirmado no tengo otra redacción que la campana de una chimenea, cuando V. por falta de ella, tiene que escribir en el local de la imprenta; y cita V. para probar su aserto mi número 10. columna 1.ª, línea 39, que corresponde a una epístola que en aquel número dirigí a la opinión.

Como V. me recomienda que me cale las gafas para leer lo que allí se contiene; me las he calado en efecto, y no veo que en aquella se afirmé lo que V. dice, porque sin dula V. creyendo coger ha sido cogida, y demostrado que no necesita gafas para contar las columnas y las líneas, pero si que le son precisas ciertamente para sacar el verdadero sentido de lo que lee.

Por esto, ya que de recomendación de gafas se trata, vayase recomendación por recomendación y gafas por gafas: yo me las he calado en los ojos por recomendación de V., y V. debe calárselas en el entendimiento por recomendación mía.

Con el auxilio de ellas, inmediatamente distinguirá V., Señora, si se digna leer nuevamente aquella epístola, que su estilo es todo irónico, y por tanto, aquello de la campana de una chimenea y lo demás a que V. se refiere en su artículo, en vez de ser una afirmación es precisamente todo lo contrario; porque V. que a pesar de llamarme miope y desmemoriada es no obstante finísima, atenta y hasta instruida, (puesto que sabe que Veguilla se escribe con V. por ser nombre propio) no desconocerá que la ironía es una figura retórica por medio de la que se dá a entender lo contrario de lo que se dice.

Bien es verdad, que como V. estaba ocupada solamente en contar aquellos renglones, no se hizo V. cargo de la ironía con que está escrita aquella

epístola; en cuyo momento yo que la observaba, ví que se pisó V. el vestido y dió un tropezon aunque sin consecuencias afortunadamente, porque a poco tiempo siguió V. desempeñando con gran aplomo su cargo de profesora de ortografía, lo cual no obsta para que de vez en cuando se le escapen a V. algunos puntos.

Con esto creo haber sacado a V. de su error, Señora, y prometiendo mandarle las pruebas de mis escritos a su casa para que V. que sabe tanta ortografía las corrija sin molestarse yendo a la imprenta, quedo de V. afectísima atenta s. s.

q. b. s. m.,
LA LIBERTAD.

EL CÓLERA

Este pequeño artículo, obedece a circunstancias del momento: Dios, en sus altos juicios, parece haber determinado, que sobre nuestra pobre España, lo mismo la tradicional que la liberal, se cierna una amenaza y de las más terribles, porque a nadie perdona. El cólera, aparece en el antiguo reino de Valencia y esto, como todo lo que amenaza nuestra tranquilidad, hace examinemos nuestra conciencia, dejando a un lado todo amor propio, todo interés personal, para atender sólo al interés supremo, a la gloria prometida a los justos.

¡Qué triste suerte la nuestra! Creemos que sin perjudicar a nuestros hermanos, a nuestros enemigos, a todos, con preconizar los derechos del hombre, con quitar todo obstáculo al libre desenvolvimiento, hacemos un bien en el límite de nuestras escasas fuerzas, pero ¡desgraciados de nosotros! Un presbítero, de la clase extrafina, el Sr. Sardá, dice: «El liberalismo es pecado»: este presbítero es integrista y tiene por jefes obispos de leuita. En el mayor desasosiego, dirigimos nuestra mirada al para nosotros órgano genuino del gran partido carlista, con plumas que eclipsan la de Aparisi Guíjarro, Cerralbo y Cucalá, y también nos dice en sus artículos morrocotudos «El Carlismo y la Religión» que fuera de su partido no hay salvación posible ¿qué hacer? Nosotros aunque poco prácticos en materias tan áridas, conocemos el «Crisol del crisol de desengaños», conocemos el Kempis, un poco de algunos libros piadosos, que pintan esta desgraciada vida con tan negros colores y la celestial con tales armonías, que la elección no es dudosa aunque no fuéramos católicos.

El Legitimista ¡Dios se lo premie! en su último número nos quita la máscara para decir no somos católicos y en su consecuencia no podemos entrar en el cielo.

Nuestro ánimo se contrista porque es indudable que próxima la muerte, se olvidan todas las miserias de la vida; pero como el cólera no llega, antes de ese tiempo díganos de verdad *El Legitimista* que fuera de los que reconocen a D. Carlos como el jefe común de los fieles españoles y a doña Margarita (c. p. b.) como el engendro de la realeza, no hay salvación posible y entonces se acabaron discusiones ¡quién no lo deja todo por un cacho de cielo!

Pero aún así, seguiríamos lo mis-